

# Las semillas de la violencia

## Prólogo

Luis Rojas Marcos

La única forma de aprender a amar es siendo amado. La única forma de aprender a odiar es siendo odiado. Esto ni es fantasía ni teoría, simplemente es un hecho comprobable. Recordemos siempre que la humanidad no es una herencia sino un triunfo. Nuestra verdadera herencia es la propia capacidad para hacernos y formamos a nosotros mismos, no como las criaturas del destino sino como sus forjadores.

ASHLEY MONTAGU, *La agresión humana*, 1976.

La agresión maligna no es instintiva sino que se adquiere, se aprende. Las semillas de la violencia se siembran en los primeros años de la vida, se cultivan y desarrollan durante la infancia y comienzan a dar sus frutos malignos en la adolescencia. Estas simientes se nutren y crecen estimuladas por los ingredientes crueles del medio hasta llegar a formar una parte inseparable del carácter del adulto. Los seres humanos heredamos rasgos genéticos que influyen en nuestro carácter. Pero nuestros complejos comportamientos, desde el sadismo al altruismo, son el producto de un largo proceso evolutivo condicionado por las fuerzas sociales y la cultura.

La violencia constituye una de las tres fuentes principales del poder humano; las otras dos son el conocimiento y el dinero. Estas tres fuerzas afectan nuestras vidas desde que nacemos hasta que morimos. La violencia cruel, sin embargo, es la forma más inferior y primitiva de poder, porque sólo se puede usar para castigar, para destruir, para hacer daño. El conocimiento y el dinero son fuerzas mucho más versátil es. Ambas se pueden manipular tanto para premiar como para sancionar.

El testimonio oficial más amplio y espeluznante de la agresión maligna lo encontramos en los anales de la propia civilización. El catálogo es tan extenso que a simple vista resulta difícil creer que el sadismo esté limitado a unos pocos depravados. Si repasamos los implacables sacrificios bíblicos, los aniquilamientos en masa de razas enteras, las guerras mundiales y otros conflictos nacionalistas y civiles modernos, es imposible escaparse al horror de las atrocidades que los hombres han cometido asiduamente los unos contra los otros. De hecho, los relatos de torturas despiadadas y matanzas indiscriminadas de hombres, mujeres y niños dan la impresión de orgías grotescas de sangre en las que ni las barreras convencionales, ni las prevenciones morales, ni las creencias religiosas, ni los sentimientos humanitarios sirvieron de mínimo freno. No existe acto de brutalidad ideado por la más diabólica imaginación humana que no se haya llevado a cabo en algún momento y en algún lugar a lo largo de nuestra existencia.

La crueldad ha marcado la faz de la humanidad con cicatrices indelebles, ha impregnado nuestra identidad y ha configurado gran parte de nuestra historia. Los malos tratos en la intimidad del hogar, la esclavitud de los celos, la ruina de la violación sexual, el terror del crimen violento, el sadismo gratuito, la furia de la venganza y la autodestrucción desesperada nos azotan con machacona regularidad. A través de los siglos, niños, mujeres, ancianos, enfermos mentales, esclavos, grupos étnicos minoritarios, homosexuales, prisioneros de guerra y otros seres físicamente débiles o indefensos, han sido objetos seguros de ultraje, de explotación y de tormento.

La agresión sádica se produce sobre todo en situaciones de cautiverio, cuando la víctima, incapaz de escapar de su verdugo, es dominada por fuerzas físicas o psicológicas superiores. Esta condición se da con especial frecuencia dentro del recinto impalpable de la familia. De hecho, los seres humanos tenemos una alta probabilidad de ser torturados física y mentalmente en la esfera privada del hogar, a manos de alguien supuestamente querido, de un miembro de nuestro propio clan. Dentro del seno familiar, las mujeres y los niños han sido las víctimas tradicionales de la agresión maligna. Su menor fortaleza física les hace objetos más fáciles de explotación y de abuso. Por otra parte, a lo largo de los siglos, muchos principios culturales han impuesto la subyugación casi absoluta de la mujer al hombre y de los pequeños a sus mayores.

En la complicada trama de las relaciones amorosas existen dos situaciones que evidencian con una dureza sorprendente cómo el amor y el odio se entrelazan en el corazón humano: me refiero a los celos y a la ruptura de la relación de pareja. Los celos son una experiencia universal cargada de violencia cuya base es la infidelidad, real o imaginaria, de la persona amada. Ante la amenaza de la pérdida de la pareja con un rival, el amante abrumado por la sospecha puede llegar a matar a su amada, al contrincante, o a ambos y, en algunos casos, incluso a suicidarse, para así evitar la separación en la vida o asegurar la unión en la muerte.

También las rupturas de parejas engendran casi siempre profundos sentimientos de odio. Al romperse la relación, tanto el que se va como el que se queda sufren una profunda amargura, una enorme decepción. Quienes se encuentran engañados por el cónyuge no pueden remediar sentirse además estafados por la vida. Conscientes del doloroso y humillante fracaso, muchos son impulsados por un insaciable rencor y buscan el desquite a toda costa. Por eso el divorcio se ha comparado con una guerra civil, en la que resulta increíble el grado de crueldad y de destrucción que tantos miembros de parejas rotas están dispuestos a infligirse mutuamente. El motivo aparente de esta inquina suele ser la revancha, pero generalmente hay algo más profundo: se trata del amargo resentimiento que acompaña a la metamorfosis del amor en odio.

El sometimiento sexual forzoso de la mujer por el hombre ha impregnado en abundancia la historia de la humanidad y constituye otro enorme problema de violencia en muchas sociedades modernas. La violación de la mujer se ha practicado asiduamente durante épocas de esclavitud, por servidumbre, de guerra y de paz. Tampoco hay que olvidar que en el ámbito del matrimonio la vejación de la esposa y su sumisión absoluta a los caprichos sexuales del marido -por arbitrarios o denigrantes que sean- han sido consideradas parte integrante del contrato nupcial.

La delincuencia violenta y criminal, especialmente por parte de menores, se ha convertido en una inexplicable pesadilla colectiva. La época en que los jóvenes se peleaban usando sólo los puños ha pasado a la historia. Cada día hay más gente joven que resuelve sus diferencias y conflictos triviales con navajas o recurriendo a las armas de fuego y matándose unos a otros. A menudo los agresores son demasiado jóvenes para darse cuenta de que, la muerte no es reversible, no es un truco que se hace y deshace en un abrir y cerrar de ojos.

La violencia urbana ha creado tal tensión en la vida cotidiana que la aprensión a ser víctima de un ataque brutal gratuito, sin motivo aparente, a manos de un extraño, posee un ingrediente terrorífico especial. Lo espantoso de estas agresiones malignas que ocurren inesperadamente, al azar, es que rompen los esquemas y las hipótesis sobre lo que debe ser la convivencia civilizada. Cuando un inocente cae víctima de la violencia casual, todas las premisas establecidas sobre el orden social se

desmoronan. El miedo a que en cualquier momento, en cualquier lugar, surja algún enajenado y sin aviso ni explicación nos relegue al olvido, es particularmente horripilante.

Hoy día, una forma de homicidio legal es la pena de muerte. Por lo menos seis personas son ejecutadas legalmente cada día en el mundo. En la actualidad, casi cien estados contemplan la pena de muerte en su legislación, y quince países la mantienen en caso de guerra. España acaba de suprimirla, en abril de 1995, en esta última instancia. El ingenio del ser humano para hacer sufrir a sus semejantes nunca ha sido mejor demostrado que en los métodos de matar, pues hasta finales del siglo XIX las ejecuciones eran intencionalmente crueles y planeadas con el fin de prolongar la agonía del reo lo más posible. Estos espectáculos públicos suponían un reflejo aterrador del revanchismo colectivo.

La venganza es otro sentimiento eminentemente humano que posee la fuerza irresistible de un instinto, el ímpetu de una pasión irracional y primitiva que mina la convivencia. Sus consecuencias pueden llegar a ser tan crueles y degradantes como las herramientas mismas de los ajusticiamientos. Muchos hombres y mujeres, a pesar de padecer enormes privaciones, dedican su existencia a «saldar las cuentas». Algunos hasta dan la vida por este empeño.

Aunque el terror a la muerte es universal y nutre el instinto humano de subsistencia, es un hecho que un número relativamente constante de hombres y mujeres, en todas las culturas, se matan intencionadamente. Para estas personas parece que la vida se vuelve intolerable y el horror a la muerte se transforma en una obsesión por fallecer. Todavía es difícil explicar con certeza el suicidio, aunque este acto trágico forma parte de la naturaleza humana tanto como el mismo deseo de vivir que parece negar. La razón de nuestra ignorancia es que no podemos examinar directamente lo que pasa en la mente atormentada de los suicidas consumados. El suicidio está además rodeado de una espesa nube de tabú y de rechazo social, por lo que tanto los protagonistas como sus allegados supervivientes quedan marcados con un estigma imborrable.

Muchos de estos actos se disimulan o se catalogan como accidentes, de forma que los datos oficiales no suelen reflejar toda la magnitud del problema.

En todas las épocas de la civilización la gente se ha deleitado con relatos de atrocidades. El núcleo de la mayoría de los argumentos de estas historias se configura de rituales tan antiguos como nuestra especie. Por lo general, estas narraciones incluyen una víctima y la descarga de la agresión despiadada sobre ella. A veces, para satisfacer al espectador, la escena concluye con el ultrajado saldando cuentas con el verdugo. Muchas de las imágenes y descripciones que nos fascinan a los adultos están impregnadas de la misma agresividad folclórica que caracteriza las fábulas proverbiales de los cuentos infantiles e incluyen la violencia más gráfica.

Este atractivo de la crueldad como espectáculo no ha desaparecido a pesar de la evolución y el progreso. En este sentido, aunque estamos a un paso del próximo milenio, no nos encontramos psicológicamente muy lejos de los patricios romanos de antaño o de las multitudes entusiasmadas que asistían a las torturas y ejecuciones públicas. El sustituto moderno del circo o del patíbulo son las escenas del cine y la televisión que representan toda la variedad existente de agresión maligna entre las personas. Hoy en día vivimos en una cultura de fascinación por la violencia, pero en el fondo es una cultura de identificación con las víctimas. Esta compenetración con los caídos nos mantiene en la convicción de que los miserables y desdichados no pueden hacer nada malo, nunca yerran. A diferencia de las creencias tradicionales en las que al final los protagonistas se salvaban, hoy estas figuras desesperadas y violentas no creen en la redención.

La agresión entre las personas ha sido justificada con todo tipo de razonamientos: biológicos, psicológicos, sociales, económicos, culturales, filosóficos, políticos, militares y religiosos. Y, según la ideología predominante, ha sido interpretada como una necesidad irremediable, un pecado, un crimen, una enfermedad o un problema social. ¿Qué hay dentro de nosotros que nos mueve a hacer sufrir intencionadamente a nuestros compañeros de vida? ¿Qué nos empuja a torturar o incluso a quitarle la vida a un semejante?

Muchos son los expertos que coinciden en describir la violencia como una cualidad humana omnipresente e inevitable. Esta particular creencia, bastante antigua, suele ir unida a la tesis de que la agresión cruel constituye una fuerza instintiva e intrínsecamente biológica. Casi todos los modelos explicativos de este punto de vista comparten una idea mecanicista o «hidráulica» de la violencia: se trata de una energía innata acumulada en un «depósito interno», probablemente en el cerebro, que se libera automáticamente. De acuerdo con esta teoría, las conductas destructivas y la sed insaciable de dominio de las personas obedecen a un impulso natural programado en los genes de la especie humana.

Para quienes albergan esta noción de la violencia, la convicción de que la humanidad es inherentemente malévolamente, avariciosa y cruel, tiene sentido. Encuentran en las ideas de Charles Darwin, Sigmund Freud y su multitud de seguidores la explicación científica de su creencia. A principios de siglo, el psicólogo neoyorquino William James resumió esta extendida opinión cuando observó que «la evolución ancestral ha hecho de todos nosotros unos luchadores en potencia». Utilizando una tesis similar, el sociólogo alemán Georg Simmel reiteró la creencia de que la mente humana está dotada con un «instinto de pelea», con «la necesidad innata de odiar y de luchar».

Sigmund Freud clasificó todos los instintos en dos categorías opuestas: el instinto de la vida, sexual o Eros, y el instinto de la muerte, de extinción o Tánatos. El instinto de la muerte, señaló, es una fuerza de destrucción que puede ser dirigida tanto hacia uno mismo como hacia los demás. Según Freud y bastantes de sus discípulos, el hombre está dominado por un impulso de aniquilarse a sí mismo y de exterminar a otros. De acuerdo con esta teoría, aún muy popular, los seres humanos estamos destinados a desaparecer y no podemos hacer mucho para escapar de esta trágica alternativa. Por lo tanto, la agresión maligna no es una reacción a un estímulo, sino una actividad espontánea biológica, arraigada en la naturaleza humana, que fluye continuamente. Como la gran mayoría de los pensadores de esta época, Freud mantenía la creencia profética de que la humanidad estaba avanzando hacia un cataclismo inexorable, hacia su autodestrucción apocalíptica.

En su obra *El malestar en la cultura*, Freud apuntó con crudeza: «El hombre no es una criatura bondadosa necesitada de amor que, como mucho, osaría defenderse si es atacado. Por el contrario, es una criatura entre cuya dotación de instintos cuenta con una poderosa ración de agresividad. Como resultado, para el hombre el prójimo no sólo representa alguien de quien puede esperar colaboración o que puede servirle de objeto sexual, sino también alguien que le tienta a usarle para satisfacer su agresividad, a explotar su trabajo sin retribuirle, a abusar de él sexualmente, a arrebatarle sus bienes, a humillarle, a causa de dolor, a torturarlo y a matarlo. *Homo homini lupus* -el hombre es un lobo para el hombre-: ¿quién se atreve a refutar este axioma, después de todas las experiencias de la vida y de la Historia?»

La noción de que el talante violento forma parte de la esencia del ser humano proviene en gran medida de la idea de que, al igual que los animales, los hombres y las mujeres poseemos un mecanismo fisiológico innato de lucha por la supervivencia. Cuando este dispositivo se estimula por una amenaza o situación de peligro, nos sentimos impulsados a la agresión. Dado que el mundo es un lugar repleto de todo tipo de provocaciones hostiles que tienen que ser constantemente superadas o evadidas para que la

vida pueda continuar, las reacciones violentas son tan necesarias como ineludibles.

En 1963, el naturalista y etólogo austriaco Konrad Lorenz y sus muchos adeptos, basándose en minuciosos estudios del comportamiento de animales, sobre todo aves y peces, y siguiendo las pautas darwinistas de la evolución, consideraron la agresión humana -al igual que la animal- una energía instintiva inagotable con la misión de conservar y mantener la longevidad de la especie. El problema con esta teoría es que existen diferencias fundamentales entre los animales y los seres humanos y, por tanto, cualquier homologación de motivaciones o conductas entre unos y otros es muy arriesgada.

Por ejemplo, la agresión más implacable en los animales está impulsada por el miedo a ser eliminados en una situación de la que no pueden huir. En estas condiciones de encierro, la presa lucha con el coraje proverbial que da la desesperación. Cuando le quitan la vida a un semejante, los animales lo hacen para sobrevivir y de la forma más rápida, indolora y efectiva posible. Las bestias atacan para comer, para defenderse, para proteger a los suyos o su territorio. También compiten agresivamente para procrear. El vencedor, sin embargo, se suele contentar con demostrar su superioridad -a menudo a través de simples gestos- y rara vez mutila o inflige daños serios al contrincante, a quien por lo general permite que se retire sin perseguirlo.

Como contraste, los comportamientos más violentos y crueles en los seres humanos son primordialmente ofensivos y no responden a la necesidad de autodefensa. Además, el goce con el sufrimiento ajeno es un rasgo exclusivo de nuestra especie. Los hombres y las mujeres que albergan odio o hastío en sus corazones disfrutan prolongando la agonía de sus víctimas indefensas y muestran un sorprendente ingenio a la hora de inventar torturas que causen el máximo dolor y eviten un final rápido. No suelen contentarse con la huida del vencido, a menudo lo persiguen, lo capturan y lo atormentan hasta que el desdichado pide a gritos que le dejen morir. En el fondo, la crueldad de los animales es un mito, mientras que la crueldad del ser humano es una siniestra realidad.

Otro concepto que algunos antropólogos han utilizado para demostrar que la violencia es instintiva ha sido el papel esencial que supuestamente han jugado las armas en la evolución de la especie. Según esta hipótesis, los utensilios para matar son para los hombres lo que los nidos son para los pájaros. Para estos pensadores somos los hijos de Caín: animales depredadores cuyo instinto natural es matar con la ayuda de un instrumento. Concretamente, postulan, hace millones de años una rama de primates asesinos, el *Australopithecus africanus*, se separó del resto de los monos pacíficos. Debido a las exigencias del medio, este humanoide adoptó una actitud rapaz y la postura erecta para poder cazar con ventaja. Al faltarle dientes poderosos o garras efectivas recurrió por necesidad al húmero de antílope para matar, lo que significó el margen que le permitió la supervivencia. Siguiendo la conclusión lógica de la transición evolutiva, con el tiempo surgió un primate más poderoso, con un cerebro más grande, que ideó el hacha de piedra, y así sucesivamente hasta llegar a las armas de fuego modernas.

La creencia en el origen innato de la agresión maligna con frecuencia se transforma en ideologías que ayudan a racionalizar el desasosiego, la confusión y la impotencia que nos produce la destructividad humana. En el fondo, la convicción de que la persona es intrínsecamente violenta no es más que la versión laica de un paradigma fascinante en la imaginación y mitología religiosa de Occidente que ha perdurado durante siglos: la doctrina del pecado original.

Aunque algunas facetas de estas teorías basadas en los instintos son atractivas y poseen una cierta carga de racionalidad, la verdad es que la tesis de las raíces naturales y espontáneas de la violencia humana no es hoy en día defendible. Es cierto que la persona es la criatura más cruel que hay sobre la Tierra, pero también es verdad que sólo algunos hombres y mujeres lo son. Acusar a toda la especie humana

por los terribles excesos cometidos por una clara minoría es erróneo e injusto. Todos nacemos con el potencial para ser violentos. Pero también nacemos con la capacidad para la compasión, la generosidad, la abnegación y la empatía.

En definitiva, como ya afirmé al principio de este prólogo, la violencia se aprende y se aprende a fondo. A los pocos días de nacer, las criaturas normales ya se relacionan activamente con su entorno y se adaptan a los estímulos externos. Desde estos primeros instantes, si sus necesidades biológicas y emocionales se satisfacen razonablemente, los pequeños comienzan a desarrollar el sentido de seguridad en sí mismos y en los demás. Si, por el contrario, sus exigencias vitales son ignoradas, tienden a adoptar un talante desconfiado y temeroso.

Nuestra cultura ha construido una serie de tradiciones para justificar la agresión humana. Por ejemplo, el culto al «macho», la glorificación de la competitividad o el principio diferenciador de «los otros» que justifica la marginación de grupos considerados «diferentes». Estos pretextos para la violencia tienen profundas raíces en la sociedad e impregnan el carácter de las personas y las pasiones prevalentes de nuestra época.

Las pasiones juegan, efectivamente, un papel determinante en nuestro comportamiento y representan fuerzas más impetuosas y vehementes que los propios instintos. Los hombres torturan y matan por venganza, no por instinto. Las pasiones instigan la envidia y la destrucción, pero también impulsan la autonomía y el amor. Son el combustible de las tragedias humanas, pero también de los ideales. Las pasiones, por lo tanto, pueden transformar a los seres humanos tanto en malvados como en héroes.

La experiencia que más nos predispone a recurrir a la fuerza despiadada para aliviar nuestras frustraciones es haber sido objeto o testigo de actos de agresión maligna repetidamente durante la niñez. Son casi incontables los estudios que han demostrado que las criaturas que crecen entre abusos, humillaciones y crueldades, tienden a volverse emocionalmente insensibles a estos horrores. Con el tiempo optan por el camino de la agresión para solventar conflictos y, una vez alcanzada la madurez, reproducen el ciclo de violencia maltratando a sus propios hijos. Es un hecho que en no pocas comunidades urbanas de Occidente la violencia es hoy casi una plaga y, como escribió Albert Camus en *La peste*, «nadie será libre mientras haya plagas». Pero también es verdad que esta epidemia de odio no es incontenible, se puede detener porque muchas de sus causas están bajo nuestro control.

Una nueva visión sobre cómo atajar la violencia ha brotado del campo de la salud pública. Este modelo se basa en el reconocimiento de que la agresión maligna constituye una causa muy importante de graves daños físicos y psicológicos, y en la convicción de que, al igual que otros males colectivos, puede ser mitigada o prevenida. El modelo de salud pública es particularmente positivo y el entusiasmo que ha despertado contrasta con las viejas estrategias de la justicia criminal.

Los programas preventivos más efectivos son aquellos que van dirigidos a los pequeños durante los primeros doce años de edad, mientras existe la oportunidad de estimular el desarrollo de la compasión, la tolerancia, el sentido de autocrítica y la empatía. Si conseguimos que un menor incorpore estos atributos naturales a su carácter, tendremos muchas probabilidades de evitar que recurra a la violencia de mayor.

Mediante campañas públicas, los medios de comunicación, especialmente la televisión, pueden contribuir a neutralizar muchas corrientes culturales promotoras de agresión y a borrar los estereotipos negativos de grupos marginados. También pueden informar sobre los peligros del abuso infantil,

impulsar la igualdad entre los sexos y promover la dignidad de la persona, la piedad hacia el sufrimiento y el valor de la vida.

Debemos alimentar una cultura que fomente el crecimiento y desarrollo saludable de los niños, que neutralice las fuerzas sociales desestabilizadoras y que busque construir una convivencia más generosa, más justa, más ecuménica, más participativa y más esperanzadora. Necesitamos cambiar el modo de ver y tratamos unos a otros. Porque el sufrimiento, el desperdicio y el coste humano que ocasiona la violencia son extraordinarios. Con todo, no podemos ignorar que los antídotos de la violencia más poderosos y universales son las tendencias altruistas naturales de los seres humanos. De hecho, el rechazo de la violencia es uno de los atributos de la humanidad. La prueba de que la gran mayoría de los hombres y las mujeres no somos destructivos es que perduramos. Si fuéramos por naturaleza crueles y egoístas la humanidad no hubiera podido sobrevivir, porque ninguna sociedad puede existir sin solidaridad, sin que sus miembros estén continuamente ayudándose los unos a los otros.

No obstante, la creencia de que vivimos al borde del abismo, dominados por un gen de destrucción y de muerte nos ha marcado durante siglos. Pero esta visión tan pesimista, dura y engañosa de la humanidad es errónea e interfiere con la posibilidad de comprender y afrontar racionalmente el problema. La indisputable realidad es que, desde un punto de vista global, la agresión maligna entre las personas está hoy en día menos extendida que nunca. Por ejemplo, la posición de los niños en la sociedad ha mejorado sustancialmente, la mujer ya no es la propiedad deshumanizada del hombre y en estos últimos años se ha contenido la vieja obsesión de construir armas atómicas de exterminio masivo. Tales avances y tendencias esperanzadoras debieran espolearnos para considerar la convivencia entre los seres humanos el objetivo supremo de todos nosotros, para poner fin a todas las formas de explotación y para impulsar el amor a la vida, la única fuerza que puede acabar con el deseo humano de destruir.